

## TESTIMONIO DE AMIGOS

### I

#### Personal y colectivo, helénico y cristiano...

El año 1968 –tan repleto de acontecimientos históricos– marcó asimismo la vida personal tanto de Jorge Arbeleche como la mía, no solamente por la repercusión inevitable de esos acontecimientos, sino por eventos fundamentales de la esfera de lo privado.

Se ha dicho, en efecto, que si existe un año del siglo XX que puede sintetizar el valor de esa centuria, ese es el año de 1968. Lo mismo podría decirse que si hubo un año en el que se definió la orientación de nuestras vidas –entonces empezando a abrirse apenas a la futura e incierta madurez –, ese fue el 1968. Y como vamos a considerarlo un “año histórico”, no tenemos por qué ceñirnos a los límites del calendario, sino que podemos empezar a considerarlo un poco antes de lo que dice el almanaque, o sea ya a mitad de 1967. En ese entonces había ya una vinculación amistosa y familiar muy intensa entre Jorge Arbeleche y yo y entre su familia y la mía. Su hermano mayor, Roberto, que quería ser abogado, tenía un apoyo y una guía en mi madre, que trabajaba intensamente en el Poder Judicial en el que iba a llegar a ser alguacil. Jorge se sentía cómodo y tranquilo en mi casa, y además de nuestras conversaciones literarias –iba a confesar alguna vez– lo atraía, e incluso lo perturbaba, la belleza de mi hermana que él paragonaba a Helena de Troya. Y era precisamente a través de símiles y metáforas que ambos empezábamos a maniobrar con las palabras, a buscar un modo de hacer tangibles esas voces interiores que empezábamos a percibir, a sentirnos en fin más seguros si lográbamos redondear en una imagen un sueño, una ilusión, una esperanza...

Qué queríamos o qué esperábamos de nuestro país, de nosotros mismos, del mundo en general, todavía no era clarísimo. Pero sí sabíamos que la ilusión batllista de vivir en un país democrático, igualitario, justo –mejor dicho, casi perfecto, la Suiza de América– no era real. Por un lado nos sentíamos estimulados e inspirados por el triunfo de la Revolución cubana; y el ejemplo de una pequeña nación que había sido capaz de enfrentarse al neocolonialismo norteamericano (y las enseñanzas y sabias advertencias de nuestro admirado Rodó nos volvían intactas a la memoria); por otro lado, descubríamos impactados las grietas en el sistema de nuestro país, gracias a las denuncias de especulaciones económicas

que laceraban los intereses nacionales y comprometían personalidades del gobierno y de las finanzas, denuncias divulgadas —a veces de manera espectacular— por el recién nacido Movimiento de Liberación Nacional “Tupamaros”. En octubre de 1967 la noticia de la infame ejecución del Che Guevara contribuyó radicalmente a ponernos en guardia. Menos de un año después, en agosto de 1968, el asesinato de Líber Arce por obra de las fuerzas del orden en medio de una pacífica manifestación estudiantil, nos convenció de que estábamos entrando en una fase de obligatoria definición y de inevitables sufrimientos. Era ya el año de gran definición mundial y personal.

La muerte del Che y las imágenes que empezaron a circular, de su hermoso cuerpo extendido en el lecho de muerte con una expresión de absoluta serenidad, dieron inicio a la constitución de un símbolo universal en el que la pasión por la justicia social se asociaba a la pasión de Cristo. Al mismo tiempo, entre agosto y septiembre de 1968, se celebró la Segunda Conferencia del Episcopado Latinoamericano en Medellín, Colombia, y nosotros ya teníamos noticia de la fuerza que estaba adquiriendo la llamada Teología de la Liberación y sabíamos también cómo cristianos y marxistas se encontraban trabajando codo con codo en tantas comunidades afuera pero también adentro de nuestro país. Tanto para Jorge como para mí el ideal de justicia social estaba instintivamente vinculado a una profunda conciencia cristiana que no hemos perdido jamás y que ha alimentado buena parte de nuestras reflexiones teóricas y poéticas. No es casual que cuando muchos años después Jorge decidió publicar un poemario dedicado a su familia (genética y espiritual), le diera como título *La sagrada familia*. Allí, una presencia intensa y conmovedora está dedicada a su madre, cuyo fallecimiento en diciembre de 1968 fue otro de los eventos trágicamente determinantes de ese año.

Lo colectivo y lo privado: en nosotros se entrelazaban las dos categorías y el nudo fundamental se produjo, sin duda, en ese año emblemático. El mayo francés y la matanza de Tlatelolco, las protestas contra la guerra en Vietnam y el desarrollo del movimiento *hippie* con sus propuestas de liberación sexual y de vitalismo, la primavera de Praga y la tremenda desilusión que siguió a la invasión soviética de Checoslovaquia culminada en enero de 1969 con la inmolación de Jan Palach, la evolución que iba tomando en el Uruguay la lucha de los “peludos” y la toma de conciencia que significó descubrir, gracias a la marcha de los cañeros y a la actividad sindical de Raúl Sendic, los problemas sociales de nuestro país: todo esto se unía a una convicción cada vez más fuerte que nos iba a poner a Jorge y a mí ante una encrucijada después de la cual nuestros caminos se iban a dividir para siempre. Jorge eligió quedarse, visceralmente aferrado a su país, actuando según su conciencia y su vocación

literaria y poética, cada vez más definidas. Empezó a enseñar literatura, publicó su primer libro, *Sangre de la luz*, precisamente en 1968; y cuando algunos años más tarde el destino del Uruguay cayó en manos de los militares y la vida cotidiana se hizo cada vez más dura para quien no se sometía a las imposiciones de la dictadura, él se mantuvo firme y fiel a sus ideales. Perdió su trabajo, expulsado de la enseñanza secundaria, pero logró vivir durante años de un Taller literario que se volvería famoso y que llevó adelante junto con Sylvia Lago. Yo, en cambio, después de largas conversaciones con el profesor José Pedro Rona, que ya en mi primer año en la Facultad de Humanidades me descubriera la fascinación por la lingüística y la historia de la lengua, resolví dejar el país. En 1968, con una espléndida beca obtenida gracias a la generosa mediación del profesor Rona, me fui a estudiar a Colombia. Y ya nunca volvería a vivir en el Uruguay. Volví fugazmente el 30 de diciembre de 1968 y así pude asistir al funeral de la madre de Jorge y acompañarlo en su dolor (siempre nos hemos preguntado si se trataba de una "sincronicidad" a la manera de Jung o de otra de nuestras conocidas confluencias amistosas).

La poesía de Jorge, como lo probaba *Sangre de la luz*, ya era madura y profunda en el 68 y de hecho su libro fue muy bien recibido por la crítica. Mi poesía, en cambio, por esa época, se estaba formando lenta y fatigosamente. Tal vez el lenguaje de Jorge entonces estaba todavía marcado por la poética de Juana de Ibarbourou, con quien había iniciado una intensa y fecunda amistad que iba a durar hasta la muerte de Juana y que iba a materializarse en tantas y tan hermosas publicaciones a ella dedicadas. Pero más allá de la exaltación de la naturaleza y de ciertos estilemas, la personalidad de Jorge estaba definida. Y todavía hoy me conmueve releer versos en los que él ponía de manifiesto, dramáticamente, los duros momentos que la Historia nos estaba deparando. Escribo Historia con mayúscula, porque mucho más que lo personal era lo colectivo lo que en ese momento estaba configurando nuestro destino y de ello ambos éramos bien lúcidos. Me conmueve releer, por ejemplo, «Esta noche», donde esa *noche* nada tiene que ver con una dimensión romántica o sentimental; no invita al sueño ni estimula el eros, sino que es simplemente la ausencia, el vacío, la amenaza de la muerte:

[...]  
 Esta noche, la noche  
 me mira  
 con los ojos redondos  
 de alguna vaca muerta.

Y me alejo,  
 alejado  
 de aquella noche mía  
 en esta noche negra.

(«Esta noche», en *Sangre de la luz*, 1968)

Esa noche era la noche de los tiempos que estábamos viviendo —noche colectiva, noche histórica—; pero también era el anuncio del alba de nuestras vidas, de un cercano amanecer donde cada uno de nosotros iba a encontrar, de alguna manera su camino (y creo que ninguno de los dos nos podríamos quejar). Para Jorge —y en eso reconozco su profunda raíz cristiana determinando su visión del mundo— no puede haber pasión sin redención, ni muerte sin resurrección, ni tiniebla sin salida final a la luz. Él mismo lo ha sabido desde siempre; por ejemplo, en la dedicatoria de su libro *Los ángeles oscuros*, de 1976, me ponía significativamente: «Aquí van estos “ángeles oscuros” pero con aletazos de luz».

*Sangre de la luz* expresaba perfectamente desde el título, en un sintagma metafórico denso y a la vez lírico y dramático, la vocación luminosa de Arbeleche, su fe en la providencia y en el destino humano, pero también su lúcida conciencia del dolor inseparable de esa vía que resulta *via crucis* si de verdad se aspira a la redención. Al alba se llega a través de la noche, y la noche que estábamos viviendo estaba formada con la oscuridad siniestra de la desesperanza, con la violencia de la guerra, con la ambición desenfrenada de los hombres «fabricantes de bombas y cohetes», como él mismo los define en el poema «Noche de los hombres». Y si el sueño ancestral de alcanzar la luna se estaba realizando precisamente en esa misma época, y ambos pudimos ver emocionados —en dos puntos distintos y distantes de la América del Sur— los primeros pasos del astronauta Neil Armstrong sobre la superficie árida del satélite, el horror de lo que se estaba viviendo en medio mundo no encontraba en ello consuelo suficiente:

Noche convulsa.  
 Puño agitado  
 de un epiléptico borracho.

El hocico de la guerra  
 muerde el aire  
 y la muerte va soplando  
 en cada herida.

Noche de los hombres  
 insomnes sondeadores de planetas  
 felices guías de naves y satélites  
 –ignorantes amantes ignorados–  
 impávidos transeúntes ante un plato vacío  
 perfectos fabricantes de bombas y cohetes.

Noche crespa  
 Noche sucia  
 Noche ciega  
 Noche de los hombres.

(«Noche de los hombres», en *Sangre de la luz*, 1968)

El primer libro de Jorge era ya un libro de sorprendente intensidad y madurez temática y estilística. Yo, en cambio, seguía buscando mi voz. El leía mis textos en algún café de Montevideo, cuando yo estaba allá en breves vacaciones, o incluso en mi casa, sin dejar verlos a nadie más; o más frecuentemente, los leía en mis largas cartas enviadas desde Colombia donde yo ya estaba radicada, estudiando, descubriendo la (para mí nueva) identidad latinoamericana. Y Jorge me sugería, me corregía, me volvía a escribir. Pero mi camino fue mucho más largo y lento que el suyo. Ya mis temas surgían nítidos y seguros: el amor, el exilio, la nostalgia, y sobre todo la militancia y el dolor por las pérdidas de combatientes que se volvían símbolos imperecederos, como Liber Arce, Miguel Enríquez, Zelmar Michelini... Para cada uno de ellos yo iba escribiendo poemas que sin embargo formalmente no me convencían, y se iban acumulando en los cajones de mi escritorio, casi escondidos. Me llevó mucho tiempo decidirme y entre el primer libro de Jorge y el mío pasaron nada menos que nueve años. Mi primer poemario, *Anunciaciones*, salió publicado en Bogotá en 1977; y la solución que había encontrado para liberarme de la tiranía del endecasílabo, de la sugestión rítmica de Idea Vilariño y de otras dependencias formales, fue abandonar el verso y optar por la poesía en prosa. Mientras tanto Jorge había ya publicado otros tres libros: *Los instantes* (1970), *Las vísperas* (1974) y *Los ángeles oscuros* (1976). Pero entre los dos se seguía manteniendo esa afinidad espiritual, cultural, ideológica (¿sería más justo decir “idealista”?) y emotiva. Los dramas históricos y colectivos seguían lacerándonos y en el desgarramiento interior que ellos nos producían recorriamos, empujados ambos por un mismo mecanismo cultural, y por cierto sin ponernos de acuerdo, a las encarnaciones de esos sentimientos –amor, dolor, esperanza, muerte– en los personajes eternos de la mitología griega, que ambos conocía-

mos a la perfección (yo desde mis estudios en preparatorios, cuando tuve la gran fortuna de ser alumna de Margarita Martínez de Arlas). Jorge, por ejemplo, deploraba explícitamente la guerra de Vietnam:

[...]

La muerte no es un sueño.

Ni tiene un perro atado de la mano

“ni una copa con agua del olvido”

ni tiene ojos de hielo

ni huesos amarillos

que destrozan el aire de los pájaros.

Tiene un silencio

nada más

y una espera

y una paciencia

y una tristeza inmensa de ser muerte

y de poder llamarse

Viet-Nam

esta mañana.

(«La amarga despedida», en *Las vísperas*, 1974)

Del mismo modo yo deploraba la amputación de un futuro a nuestros pueblos, Uruguay, Chile, Argentina. Y ambos, para poder dar la justa proporción a nuestros sentimientos, la trascendencia de nuestra indignación, de nuestra nostalgia, de nuestra esperanza, recurriamos a Aquiles, a Ulises, a Penélope; y también por cierto se nos escapaban con la naturaleza de un reflejo condicionado, citas de Safo, de Esquilo, de Platón, de Heráclito... O, como en los versos anteriores de *Las vísperas*, citas de Rubén Darío, versos modernistas que no escondían su estirpe helénica, proveniente como provenían de *El coloquio de los centauros*.

Esa tendencia, asociada a un imaginario de raíz cristiana y evangélica, se irá sucesivamente desarrollando cada vez más en la poesía de Jorge. Creo que dar ejemplos es peligroso porque son tantos que existe el riesgo de dejar de lado muchos, todos muy significativos. Recuerdo únicamente que su penúltimo libro, *Canto y contracanto*, publicado en Lima en 2012 (con una ilustración en la carátula que remite a una obra de Jorge Eduardo Eielson proporcionada por mí, como prueba de esta larga, constante y solidaria amistad, vieja como la vida misma), está dividido en partes que llevan títulos en griego: *Thanatos*, *Eros*, *Poiesis*, *Logos*, *Caritas*; y que el segundo (magnífico) poema del conjunto se titula «El guerrero» y parte de una recreación de la persona evocada y del luto

provocado por su muerte precisamente a partir del imaginario mítico helénico. El “guerrero” lo es en cuanto encarna la lucha existencial vista a través de la dimensión heroica que le dio la épica homérica; y para que no queden dudas, se hace notar que el viento que lo ha llevado sin remedio es el Bóreas, o sea el antiguo viento helado, mitización de una fuerza negativa e imponderable.

■ Pero junto con la tradición helenística, la esperanza del cristianismo modula, corrige y sublima la percepción de la vida y la muerte –creo desde siempre– en la poesía de Jorge. Así, cuando quiso dedicar un libro especial a personas muy queridas que ya no estaban con nosotros, entre los cuales se contaba su hermano Roberto, intituló el libro *Ágape* (1993). Y la palabra de origen griego, que etimológicamente significa “amor”, pero que pasó al latín con el sentido de “caridad” porque los primeros cristianos la usaban para indicar precisamente los convites en los que se reunían para estrechar las relaciones entre los miembros de un mismo grupo, resuena en todo el poemario con su múltiple valor de amor, caridad, esperanza y fe en la resurrección. En este sentido la palabra es una evocación asimismo de la poesía de César Vallejo, de su amor ilimitado por el prójimo, de su fe en la Vida Eterna. Decía Vallejo, impaciente en el ansia de la espera:

Y cuándo nos veremos con los demás, al borde  
de una mañana eterna, desayunados todos.

(«La cena miserable», en *Los heraldos negros*, 1918)

Y dice Jorge Arbeleche en «Ágape»:

Esta noche vendrán a compartir mi cena  
aquellos que poblaron y nutren  
los silencios sonoros de esta casa  
[...]  
Vendrán mis muertos a compartir mi cena  
comerán de mi gozo  
beberán mi alegría  
y entenderán entonces  
por qué vibra esta casa  
cuando suena esa voz

(«Ágape», en *Ágape*, 1993)

Tampoco es casual que en la dedicatoria de ese libro, para mí y para mi esposo David, Jorge escribiera: «Con antiguo y renovado cariño, estos poemas que traen ecos de los que ya no están y nos los hacen próximos».

Capacidad de amar y de donar en las buenas, capacidad de denunciar y resistir en las malas, capacidad de gozar de la vida sin perder jamás la conciencia de la muerte, capacidad de llevar al verso una sabiduría natural y comunicarla directamente al lector para darle, también a él, la bienvenida en un maravilloso ámbito de comunión entre lo helénico y lo cristiano. Esta es la poesía de mi amigo Jorge Arbeleche. Esta es la cifra de mi amistad con él.

*Martha L. Canfield*

## II

### Cantar su poesía

A Jorge lo conocí en una reunión que había convocado Rubén Castillo, en la casa de Marga y Bety (1969). No recuerdo bien, pero creo que era para organizar algo relacionado con Discodromo. Desde ese momento nos cruzamos muchas veces siempre con la poesía y la música; eran momentos fermentales. Con generosidad llegó a darnos el borrador de un libro mucho antes que se imprimiera, luego salió *La casa de la piedra negra*, que así se llama. He musicalizado varios de sus poemas y utilizamos un verso para nombrar un espectáculo que creamos junto a la actriz Leonor Alvarez. Le doy paso a Cristina para que ella cuente: Cuando conocí a Jorge ya lo admiraba y quería por todo lo que me había hablado y contado Washington y también la inolvidable Leonor, actriz maravillosa, así que fue conocerlo y saber que su amistad sería para siempre. Por suerte durante tantos años compartimos “vida”, momentos maravillosos y también de dolor muy profundo. Cantar su poesía es realmente un placer para el alma. Recuerdo que en el año 1978 un espectáculo lo titulamos “Y yo quiero Cantártelos”, verso del poema de Jorge que dice: “La mañana es azul y te quiero, en el mar fosforecen gaviotas, canta la luz y canta el aire y yo quiero cantártelos”. Para el mismo espectáculo Washington musicalizó “Estoy atado a esta tierra”. Para ese tiempo era muy importante lo que se podía decir -veladamente- pues había con el público una complicidad que en ese momento nos unía a todos. Tam-

bién grabamos en Buenos Aires: “Muchachos Son y Llevan”, otra de sus poesías. Sus libros, todos sus logros son muchos y lo absolutamente maravilloso es la altura alcanzada por su poesía, su compromiso y su humanidad. Con el afecto de toda la vida.

*Washington Carrasco y Cristina Fernandez*

### III

#### Íntima conjugación

Creo que Jorge Arbeleche es tal vez una de las voces poéticas más importantes y mejores de su generación, es decir la del 60.

Su poesía nos introduce en profundidades y mundos desconocidos, tal como afirman Circe Maia y Selva Casal.

Su último libro *La sagrada familia* es poseedor de una enorme riqueza espiritual y de una gracia muy especial que lo hacen destacarse muy definidamente. Su voz ha adquirido un tono personal e inconfundible donde se integra el eco de la tradición lírica española y clásica con las modulaciones de una evidente modernidad.

Su calidad de poeta le permite crear espectáculos de poesía con un sentido asombroso de la teatralidad.

He trabajado con él en varios proyectos lírico-dramáticos y siempre me sentí con él en íntima conjugación.

También he participado con placer y entusiasmo en la lectura de sus poemas en las presentaciones de sus libros.

*Estela Medina*